

Por MANUEL BRUNET

EN una «Carta al Director» de CANIGÓ, publicada en el último número de esta revista, el señor J. P. R. me invita a decir algo sobre el Santuario de la «Mare de Déu del Mont». Recuerda el señor J. P. R. que en un artículo publicado tiempo atrás en *Destino* anuncié que los Padres Capuchinos se habían hecho cargo del Santuario. Dije, en efecto, que el proyecto de restauración del Santuario de la Virgen había empezado con la construcción de una carretera que partiendo del Mas Falgars, en dirección al mediodía, se dirigiría al Santuario pasando por las ruinas del monasterio de Sous. Esta carretera, abierta en dirección a la parte soleada del macizo del Mont, revalorizaría toda la montaña, particularmente el rellano de Sous, sitio relativamente protegido del viento, en donde hay dos fuentes y florece espontáneamente el narciso. Dije también que aprovechando la comodidad que ofrecería la carretera existía el proyecto de restaurar lo todavía restaurable del monasterio románico y de construir allí mismo una casa de Ejercicios espirituales.

Dije, en suma, que el Santuario del Mont podía ser una verdadera maravilla y me atengo a lo dicho. Podría ser, después de Montserrat y Nuria, el Santuario mariano geográficamente más interesante de Cataluña. Mi amigo don Pedro Vayreda, tan devoto de la Virgen del Mont y autor de una magnífica monografía del Santuario, creía que era uno de los más antiguos de Cataluña y que la Virgen sustituyó en aquel trono montañoso probablemente a Diana. En la montaña han sido hallados monedas emporitanas. La devoción a la Virgen del Mont es aún vivísima en el Ampurdán, comarca que el Mont domina por completo. Como dice el señor J. P. R., Mosén Verdaguer llamó a la Virgen del Mont «Regina de l'Empordà». La Virgen del Mont es además — según creo — patrona de la Diócesis de Gerona, detalle que acredita la venerable antigüedad del Santuario.

Recuerda el señor J. P. R. que en el artículo publicado en *Destino* hace tres o cuatro años prometí que antes de dos años podría irse en coche al Santuario. «Han transcurrido por lo menos cuatro años, — añade el señor J. P. R. — ha transcurrido el Año Mariano y no se ha dicho ni una palabra más de la restauración del Santuario ni de su carretera».

Le sobra razón al señor J. P. R. Pero crea que la información en que se basaba mi artículo publicado en *Destino* tenía toda la seriedad de un documento notarial. En una excursión informativa, por cierto muy penosa, recorrí un kilómetro de la nueva carretera y fui a pie hasta Sous, abriéndome paso entre malezas y barrancos.

Desde entonces no he sabido ni una palabra más del proyecto de restauración del Santuario del Mont y de la revalorización de la montaña. Y no es que no haya indagado y preguntado. Claro está, todo eso costaría mucho dinero y ahora circula poca moneda. Sólo la carretera — una espléndida carretera de cornisa — costaría una fortuna.

He pensado muchas veces que el problema de la carretera — que en el Mont es un problema capital — acaso sólo podría resolverlo el escutismo católico. Imaginad que, durante el verano, trabajan en la construcción de la carretera setenta u ochenta jóvenes universitarios a los órdenes de dos o tres técnicos y bajo la dirección espiritual de un religioso especializado en esa clase de apostolado. Yo creo que habría cola para formar parte de esa brigada. Bastarían unas vacaciones veraniegas para que la carretera llegara a Sous. Creo que hasta la cumbre del Santuario la carretera proyectada no pasa de cinco kilómetros. ¡Magnífica tarea para uno o dos grupos de muchachos poseídos de espíritu religioso! El trabajo indudablemente sería rudo, pero el fervor religioso y la camaradería juvenil podrían amenizarlo. Sería además variadísimo ese

trabajo: consistiría en desmontar grandes rocas, en derribar árboles corpulentos, transporte de tierras y explanación del camino. Una sección también muy atractiva sería la de albañilería. Esa clase de trabajos ha interesado siempre a los muchachos, especialmente cuando tienen una finalidad deportiva. Tengo la seguridad que esos setenta u ochenta jóvenes no olvidarían en su vida las vacaciones en la «Mare de Déu del Mont». La montaña con sus 1.025 metros de altura es paradisíaca, sus rincones placenteros y el panorama impresionante. Unas vacaciones trabajando en el Mont imprimirían carácter en la vida de esos escutistas.

Como puede suponerse, el escutismo se practica gratuitamente. Y el ideal sería que cada escutista costeara su manutención. No tendría eso nada de absurdo, ni resultaría caro, si tenemos en cuenta que son muchísimos los jóvenes universitarios que gastan por lo menos mil pesetas al mes. En Francia el escutismo católico ha hecho maravillas: ha construido y restaurado iglesias rurales y se ha hecho una especialidad en el arte de construir carreteras que faciliten el acceso a los santuarios de montaña. El Mont se prestaría muchísimo para esta clase de experimento: rezando rosarios y haciendo «costellades» el trabajo progresaría como por arte de encantamiento.

No creo delirar. Todo eso requiere fe, mucha fe, y sólo la fe es capaz de remover una sierra tan severa como la de la «Mare de Déu del Mont». En prueba de que no soy víctima de un arrebató lírico sólo diré que no me hago ya ilusión alguna. Un mal congénito del Ampurdán es el fatalismo. Aquí todo está por hacer. Años atrás recogimos en Castelló de Ampurias un proverbio que hemos glosado varias veces. El proverbio dice: «a l'Empordà tot fuig». Realmente, aquí «todo huye». «Tot fuig». Ha huido San Pedro de Roda, se ha ido el Mont. De San Pedro de Roda han escapado, uno por uno, hasta los árboles. En Figueras, ¡se han ido tantas cosas! Se nos ha ido el Archivo Notarial, el Hospital Viejo, y antes de estrenarse, el Hospital Nuevo. Huyó también el Teatro Municipal y, años atrás se dejó perder la posibilidad de tener un museo emporitano. Y ahora se nos ha escapado nada menos que San Pablo...

Hay que luchar contra el fatalismo de que «a l'Empordà tot fuig». Porque a veces hay cosas que después de escapar vuelven: por ejemplo, Ampurias. Pero cada retorno exige un verdadero milagro. Ahora nuestro alcalde, don Juan Junyer, lucha para que no se escape la poca agua que nos queda. Y lucha también para que nuestro Pep Ventura no se fugue definitivamente. El señor Obispo ha realizado el milagro de que no se volatilizara el monasterio de Vilabertrán. Y ahora el Estado va a intentar que la iglesia de Castelló vuelva con toda su magnificencia.

Pero hay que luchar porque, de lo contrario, hasta la Muga podría darse a la fuga.

## UNA FIESTA Y UN CENTENARIO

CON motivo de la próxima festividad de Santo Tomás de Aquino, Patrón de los profesores y alumnos de Segunda Enseñanza, CANIGÓ se complace en dedicar unas páginas a tan digno acontecimiento, puesto que los problemas de la Cultura gozan de su especial predilección. Como el Doctor Angélico, damos a los valores del intelecto la trascendencia merecida. Los Centros de Enseñanza Media, forjadores de los hombres del porvenir, son acreedores de la atención, ayuda y estima de todos.

Por otra parte, el Instituto de Figueras ostenta la dignidad de ser el primero de los fundados en España, como sucesor de aquel Colegio de Humanidades que, en 1839, fundó el buen pedagogo Rdo. P. don Julián González de Soto.

En este mes de Marzo tendrá lugar otra notable efemérides: el Centenario de la creación de la «sardana llarga» por nuestro bienamado Pep Ventura (1818-1875). Gracias a él, la modesta agrupación de tres o cuatro músicos (fluvíol, típles y cornamusa) se enriqueció con los armoniosos sonos de la tenora que, además, tocaba con prodigio. Así, empezó a formarse la moderna cobla y a crearse la «sardana llarga».

Ventura no fué sólo un innovador técnico, sino también un excelente compositor, de innata inspiración, que supo recoger con maestría las esencias de la música popular en sus partituras, entre las que sobresalen «Per tu ploro», «El cant dels ocells», «Arri Moreu» y «Les noiets de Figueras».

Nuestra ciudad se dispone a celebrar este Centenario con un magno festival, que puede ser el inicio de la preparación del monumento que todos los catalanes debemos a Pep Ventura. Es un deber y un derecho que se levante en Figueras, capital del Ampurdán, cuna de la sardana.

Para ello (como verá el lector más extensamente en páginas siguientes), nuestro gran escultor Federico Marés ha brindado su labor desinteresada. A tan noble gesto, el señor Alcalde de la ciudad ha expresado su gratitud, a la que unimos la nuestra más efusiva.

¡Dios haga que el monumento sea pronto una realidad!



FIGUERAS, MARZO 1955  
AÑO II - NÚM. 13 - 5 PTAS.

Redacción y Administración: CALLE GERONA, 7 - TELÉFONO 411